

Carlota

«Acababa de apearme cuando una criada que apareció en el dintel, me rogó que aguardara un momento a la señorita Carlota, que pronto saldría. Crucé luego el patio para acercarme a la linda casa y subí la escalera. Apenas entrado en el primer aposento, se ofreció a mis ojos el más admirable espectáculo que he visto en mi vida. Seis niños, que tendrían once años el que más y dos el que menos, se agrupaban junto a una joven, de mediana estatura pero bellamente conformada. Iba sencillamente vestida de blanco con lazos color de rosa en el pecho y en las mangas y estaba repartiendo rebanadas de pan a los chiquillos, según su edad y apetito, pero ¡con tal ternura! ¡y ellos le decían «gracias», uno tras otro, con tal candor!... Todos tenían las manecillas al aire, mucho antes que estuviera cortado el pan.»

En este puro cuadro de familia se le apareció Carlota a Werther por primera vez, y esa momentánea actitud pinta y describe su destino. Carlota es el ideal de la mujer casera y hacendosa, madre de familia antes de tiempo por virtud de seis hermanitos que se ve obligada a educar.

No forma sólo el encanto del hogar, sino que representa en él, la vigilancia y el orden. Su lámpara de virgen prudente, mantiene en ella el bienestar; su santa patrona no es María la contemplativa, sino Marta la hacendosa, que atiende a los quehaceres domésticos.

Encerrada en su estrecho círculo, lo anima con jovial y desenfadada actividad. La poesía del pensamiento y la realidad del deber, se acuerdan y armonizan en sus actos. Del vals alado que la arrebató a la tierra, pasa sin esfuerzo a las compotas y la lejía; y tras haberse adormecido soñadora al grato rumor de la lluvia que refresca la campiña o haber suspirado por Klopstock, con los ojos embebidos en lágrimas, se va tranquilamente a acostar a los niños.

Hay en un cuadro de Murillo, un Ángel, que se entretiene en cocinar con grata alegría. Roza suavemente los más vulgares utensilios con sus alas sin mancharlas, y la jarra parece en su mano vaso del tabernáculo celeste; calderos y lebrillos, frutas, legumbres, canastas, se iluminan con el divino reflejo de su aureola. Pues bien; esta es Carlota idealizando con su gracia el ajuar; las rebanadas que distribuye a sus chicuelos parecen de una comunión maternal; el canario que picotea en sus labios la migaja de pan, un pajarillo fantástico; el árbol de *Noël* cuyos cirios enciende, se cubre de estrellas. Infunde su alma entera al humilde interior, y aparece transfigurado.

Como la princesa del cuento de Perrault, Carlota puede regalar a su novio su anillo nupcial dentro de un pastel, amasado por sus propias manos.

De esta tierna criatura se exhala la pasión terrible que consume a Werther; de este hogar tranquilo surge la llama que le devora. Verdad que nunca corazón más ardiente se acercó a mujer más digna de amor. Con su febril ociosidad y vaga inquietud, con su imaginación dolorida y su nobleza de alma, ahogada por la penuria y escasez, Werther había de ser presa del primer amor que se apoderara de su ánimo. Para arder y consumirse le bastaba una chispa y ésta salta del hilo de luz, como hubiera podido saltar del rayo.

¡Qué ardiente y puro su amor, antes que la desesperación lo desfigure y lo empañen sombras de muerte! Toda la primer parte del libro es un himno de entusiasmo a la vida. Werther se enamora de Carlota a primera vista; y esta visión le enajena en éxtasis. «Me despedí, pidiéndola que me permitiera volver el mismo día; consintió en ello y la he vuelto a ver. Desde este momento, compónganse a su guisa sol y luna, que ya no sé cuándo es de